

Algunas reflexiones sobre el nacimiento de la ciudad en el Lacio

J. MARTÍNEZ- PINNA *

A pesar de reflejar una de las realidades más evidentes y materiales de toda la historia de la Humanidad, no existe quizá concepto más escurridizo y difícil de precisar que el de «ciudad». Ni siquiera para los tiempos actuales, con los grandes avances que se han producido en el campo de las ciencias sociales, se ha llegado a una definición concreta y universalmente válida de lo que se debe entender por ciudad. «La noción de ciudad es clara para todo el mundo, pero titubeamos cuando se trata de dar una definición... Los hombres no siempre se agrupan para los mismos fines: los sistemas económicos son tan distintos que hay tipos y series de ciudades, pero no un concepto preciso de ciudad», dice el geógrafo M. Derruau ¹. En efecto, entre los especialistas en geografía humana todavía no se ha alcanzado un acuerdo sobre esta cuestión, de manera que los criterios de demografía, funcionalidad, servicios, etc., que se consideran pertinentes para una escuela ya no lo son tanto para otra, al tiempo que los datos estadísticos que son aceptables en una nación, en otra de similares características estructurales carecen por completo de valor.

Buscar una definición de ciudad que sirva para cualquier época y nación es tarea poco menos que imposible de conseguir, pues implicaría un reduccionismo tal que el resultado final estaría sumamente desdibujado, hasta el punto que su aplicación práctica sería totalmente inútil: cualquier concentración humana, sean cuales fuesen sus peculiaridades, merecería sin más el calificativo de urbana. Cada ciudad indudablemente es

* Universidad Complutense. Madrid

¹ M. DERRUAU, *Tratado de geografía humana*, trad. esp., Barcelona, 1974, p. 561.

producto de unas circunstancias concretas de tiempo y espacio, así como de las múltiples variables proporcionadas por los diferentes sistemas económicos, sociales, políticos y culturales que inciden sobre ella. Esto no obstante, no se quiere decir con ello que por razones metodológicas e históricas y tomando como factores distintivos aquellos elementos más señalados y característicos, no se pueda asumir la constatación de que a lo largo de la historia se han configurado diversos tipos de ciudad.

Precisamente la «ciudad antigua» puede considerarse como un tipo específico de ciudad en referencia a otras épocas de la Humanidad, pero hay que ser conscientes de que aún dentro de su especificidad, tampoco puede adelantarse para ella un concepto general, pues la multiplicidad de formas se presenta como el hecho más destacado. Reduciendo el problema a su esencia, la característica fundamental de la ciudad antigua probablemente sea la íntima unión que existe entre la ciudad y su territorio, entre el núcleo urbanizado y el campo², lo que la sitúa en un punto diametralmente opuesto al ocupado por las ciudades medieval y moderna y sobre todo a la surgida con la revolución industrial, situación en la cual la dicotomía campo-ciudad se manifiesta en toda su crudeza, exponente de una de las contradicciones más relevantes de los sistemas socioeconómicos contemporáneos.

Ahora bien, aún considerando este tipo general de la ciudad antigua, conviene hacer ciertas distinciones. Por una parte hay que diferenciar entre la ciudad oriental, con su proyección en las civilizaciones egeas del segundo milenio, y la grecorromana, pues entre ellas existen diferencias muy notables que se pueden sintetizar en que la primera responde a la llamada civilización del escriba, mientras que en la segunda predomina la palabra y es la esfera de acción del ciudadano, no del súbdito. Esta distinción ha llevado incluso a algunos autores a reservar la noción de «ciudad antigua» a aquella propia de la civilización grecorromana, excluyendo de la misma a la oriental³. Además hay que tener en cuenta que bajo este epígrafe de ciudad oriental se esconden diferentes manifestaciones, pues evidentemente no es lo mismo la ciudad sumeria que la fenicia, para la cual se ha invocado una decisiva influencia en el nacimiento de la *pólis* griega⁴. Por otra parte, estas diferencias que se aprecian en la ciudad oriental como subtipo también pueden encontrarse en la grecorromana, ya que la ciudad es un organismo vivo y complejo, que evoluciona perdiendo unos elementos más antiguos y adquiriendo otros nuevos, de manera que en un momento avanzado del proceso las diferencias con el estadio originario lleguen a ser sustanciales, afectando a aspectos considerados determinantes:

² M. I. FINLEY, «The Ancient City: From Fustel de Coulanges to Max Weber and Beyond», *CSSH*, XIX, 1977, p. 308 y ss.; C. AMPOLO, *La città antica*, Bari, 1980, p. XXXI y ss.

³ N. D. FUSTEL DE COULANGES, *La ciudad antigua*, trad. esp., Barcelona, 1971; M. I. FINLEY, «The Ancient City», cit.; C. AMPOLO, *La città antica*, cit.

⁴ Véase A. M. SNOODGRASS, *Archaic Greece*, London, 1980, p. 31 y ss.

contrástese, por ejemplo, las *apoikíai*, de época arcaica, con las *katoikíai*, del mundo helenístico, o la primitiva *civitas* latina con las ciudades romanas del Bajo Imperio.

El problema de la ciudad antigua se presenta especialmente espinoso cuando se trata de sus orígenes, es decir, de fijar aquellos elementos característicos en virtud de los cuales un poblamiento abandona la fase pre o protourbana para encuadrarse en la urbana, o, con otras palabras, cuándo un asentamiento humano puede ser considerado como ciudad, a no ser naturalmente que haya sido creado como tal según sucede con las fundaciones coloniales. Desde hace varias décadas la cuestión ha levantado controversias, muy ásperas en ocasiones, entre los diferentes especialistas que se enfrentan al problema desde sus respectivas disciplinas, historiadores, arqueólogos y prehistoriadores, fundamentalmente. Cada uno de ellos intenta encontrar su propio horizonte manejando una terminología y unos conceptos que por no estar definidos de manera universal, inevitablemente chocan entre sí produciendo a la larga mayor confusión que claridad. Es sobre todo respecto al origen de la *civitas* latina, y en general de la ciudad en la Italia no griega, donde se han suscitado mayores discusiones en los últimos años, y en menor medida en el caso de la *pólis* griega.

Para el ejemplo concreto del Lacio, y de Roma más en particular, en los últimos años se han publicado dos trabajos que muestran perfectamente hasta qué extremo puede resultar peligroso dejarse arrastrar por unos esquemas inapropiados. Siguiendo puntualmente el método dibujado por V. Gordon Childe para identificar a las primeras ciudades ⁵. A. Guidi intenta situar cronológica y culturalmente el momento en el que Roma alcanzó el estadio urbano, con el resultado que el poblamiento romano se define ya como una verdadera ciudad en la primera mitad del siglo VIII a. de C. ⁶. Lo que fundamentalmente quería plantear Guidi era la «definizione di ciò ché per l'archeologo è la città» ⁷, lo cual es inaceptable metodológicamente, pues la ciudad no es una idealización moderna que pueda moldearse según los gustos, o presentar caras opuestas según la perspectiva desde la que se contemple. Por otra parte, el modelo elegido por Guidi tampoco parece el idóneo, pues Childe lo ideó para el caso concreto del urbanismo oriental, de donde tomó los datos, y es evidente que la ciudad mesopotámica muy poco tuvo que ver con la latina. Así pues, las conclusiones de la exposición de Guidi resultan en líneas generales decepcionantes, como inmediatamente después pusieron de manifiesto C. Ampolo y en

⁵ V. GORDON CHILDE, «The Urban Revolution», *TPR*, XXI, 1950, pp. 3-17. También del mismo autor *Los orígenes de la civilización*, trad. esp., México, 1974, p. 173 y ss.; *Nacimiento de las civilizaciones orientales*, trad. esp., Barcelona, 1976, pp. 149 ss.; *Qué sucedió en la historia*, trad. esp., Buenos Aires, 1973, pp. 103 ss.

⁶ A. GUIDI, «Sulle primi fasi dell'urbanizzazione nel Lazio protostorico», *Opus*, I, 1982, páginas 279-289.

⁷ A. GUIDI, art. cit., p. 280.

general todos los otros participantes en la discusión que siguió al referido artículo de A. Guidi ⁸

El segundo ejemplo a considerar fue desarrollado casi contemporáneamente por el estudioso danés J. Ch. Meyer ⁹. Según este investigador, la transición de una sociedad preurbana al estadio urbano sucesivo debe considerarse en relación a tres premisas fundamentales y la interrelación que se produce entre ellas: fortalecimiento de una economía agrícola, estabilización demográfica y aparición de subculturas especializadas en metalurgia. La estricta contemplación del problema desde una perspectiva —por lo demás no completa— exclusivamente socioeconómica, unida a un manejo un tanto particular de los documentos —defecto en el que también incurre A. Guidi—, conduce finalmente a unas conclusiones igualmente inaceptables: a partir de este interpretación, Roma sería ya una ciudad a mediados del siglo IX a. de C., cuando apenas si se comenzaban a definir sus elementos más esenciales ¹⁰.

No es mi intención entrar aquí en una discusión pormenorizada a propósito de lo que debe entenderse por ciudad en el mundo antiguo, ni tampoco comentar en detalle opiniones que otros investigadores más cualificados han aportado al tema, salvo las dos breves reseñas anteriores. El único propósito que justifica las presentes líneas es exponer algunas reflexiones que sobre el problema me ha suscitado la lectura de determinados textos antiguos y modernos, con el fin de poder sustentar sobre bases más firmes la tan debatida cuestión sobre el nacimiento de la ciudad en el Lacio, pero nunca con la esperanza de aportar soluciones definitivas. Desde esta perspectiva y partiendo del hecho incuestionable de que es imposible encontrar una definición de ciudad universalmente válida, el camino idóneo para alcanzar tal finalidad, aquél que en mi opinión es menos inapropiado metodológicamente hablando, es quizá aceptar las líneas desarrolladas últimamente por C. Ampolo ¹¹, que parten de la concepción que los propios antiguos tenían de la ciudad ¹² y que admiten como premisa válida la

⁸ C. AMPOLO, «Sulla formazione della città di Roma», *Opus*, II, 1983, pp. 425-430. Las intervenciones sobre el artículo de A. GUIDI por parte de F. COARELLI, G. COLONNA, R. PERONI, F. di GENNARO, G. BARTOLONI y del propio GUIDI se encuentran en el mismo volumen, pp. 431-448.

⁹ J. Ch. MEYER, *Pre-Republican Rome*, Odense, 1983, p. 911 y ss.

¹⁰ Cf. mi comentario a este libro de Meyer, «En torno a los orígenes de Roma», *Gerión*, II, 1984, 357-369, sobre todo p. 361 y ss.

¹¹ C. AMPOLO, en *La formazione della città nel Lazio*, *DdA*, II, 1980, pp. 169 ss; «Le origini di Roma e la Cité antique», *MEFRA*, XCII, 1980, 567-576; «Die endgültige Stadtwerdung Roms im 7. und 6. Jh. v. Chr. Wann entstand die *civitas*?», en *Palast und Hütte*, Mainz, 1982, páginas 319-324; «Sulla formazione della città di Roma», cit.

¹² Véase lo que escribe F. COARELLI, *Il Foro Romano*, I, Roma, 1983, p. 14: «L'idea che gli scrittori antichi ci hanno lasciato costituisce la base inamovibile di ogni ricerca, che potrà essere solo precisata e arricchita dalla documentazione archeologica. Se vi sarà contrasto tra una fonte letteraria e un dato archeologico, l'errore andrà certamente cercato nell'interpretazione di quest'ultimo».

similitud entre los casos griego, etrusco y latino en sus fases más antiguas.

La teoría política romana entendía la ciudad como una comunidad jurídica de hombres libres, una *societas iuris* en palabras de Cicerón, quien asimismo definía la *civitas* como *coetus multitudinis iuris consensu et utilitatis communiione sociatus*, y también *concilium coetusque hominum iure sociati*¹³, concepción prácticamente idéntica a la griega, que según Aristóteles caracterizaba a la *pólis* como una *koinonía tôn eleuthéron*¹⁴. Coincidencias entre las ideas griega y romana dentro del campo urbanístico se pueden observar en diversos principios, como, por ejemplo, sobre las ventajas de situar la ciudad a cierta distancia del mar¹⁵, que encuentra un claro antecedente en la doctrina platónica¹⁶; también cuestiones relativas al emplazamiento de la ciudad, las condiciones ambientales y de salubridad, las comunicaciones, etc., que aparecen en las obras de Livio y Vitruvio¹⁷, se relacionan indudablemente con las teorías urbanísticas desarrolladas en ambientes helenísticos¹⁸. Sin embargo, aunque casi todos estos aspectos, enmarcados en los principios de un urbanismo ideal, reflejan ciertamente una directa influencia griega y fueron utilizados por los teóricos latinos para justificar la grandeza de Roma y alabar el providencialismo divino en la elección del lugar, la primera coincidencia señalada, esto es la concepción de la ciudad bajo un prisma jurídico, ya no es consecuencia de tales influencias, puesto que la *pólis* griega y la *civitas* latina coinciden en sus orígenes en un mismo significado y responden a similares estímulos, aunque ello no impide reconocer que la primera haya acelerado el proceso de formación de la segunda.

Para los antiguos, tanto en Grecia como en Roma, la ciudad es pues ante todo una institución jurídico-política¹⁹, que precisa ciertamente un soporte material que permita desarrollar sus funciones, pero cuya característica determinante la proporciona el elemento humano, entendido éste no en un sentido meramente demográfico, aspecto siempre desdeñado por los antiguos²⁰, sino jurídico, comprendido lógicamente en su contexto

¹³ Cic., *Rep.*, I.32.49; 25.39; VI. 13.13.

¹⁴ Arist., *Pol.*, 1279a; véanse también 1252a, 1276b, 1280b.

¹⁵ Cic., *Rep.*, II. 3. 5-6; 5-6; 10-11 (Cf. J. SANTA CRUZ, «De optimo rei publicae statu, *EClás.* XIII, 1979, p. 181 y ss.); Liv., V. 54. 4.

¹⁶ Plat., *Leg.*, 704-705a; Cf. L. CERVERA, *Sobre las ciudades ideales de Platón*, Madrid, 1976.

¹⁷ Liv., V. 54. 4.; Vitruv., I. 4. 1-12; 5. 1-5.

¹⁸ G. A. MANSUELLI, «Lecture liviane: dati e concetti sulla città», en *Homenaje a García Bellido*, IV, Madrid, 1979, p. 56 y ss.; S. FERRI, *Vitruvio*, Roma, 1960, p. 60; L. Homo, *Rome impériale et l'urbanisme dans l'antiquité*, París, 1971, p. 59 y ss.

¹⁹ Cf. E. BENVENISTE, *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, I, París, 1969, p. 367; V. ARANGIO-RUIZ, *Historia del derecho romano*, trad. esp., Madrid, 1974, p. 22; P. DE FRANCISCI, *Arcana Imperii*, II.1, Roma, 1970, p. 100 s.; B. KANUSS, *La polis. Individuo y estado en la Grecia antigua*, trad. esp., Madrid, 1979, p. 56 s.; V. EHRENBERG, *Lo Stato dei Greci*, trad. ital., Firenze, 1967, p. 129 y ss.

²⁰ M. I. FINLEY, «The Ancient City», p. 306.

más amplio (político, religioso, social, militar, etc.)²¹. Esta cualidad es remarcada por gran fuerza por Tucídides, quien por dos veces pone en boca de Nicías, en la arenga que éste dirigió a sus soldados cuando la desastrosa expedición ateniense a Sicilia, la identificación entre hombre y ciudad: «Pensad que vosotros solos, donde quiera que os asentéis constituís sin más una ciudad», y poco más adelante, «los hombres son la ciudad, no las murallas o naves sin hombres»²². Así pues, Tucídides deja ver muy claramente que monumentalización no equivale necesariamente a urbanización, que una ciudad puede considerarse tal e incluso llegar a destacar sin poseer grandes monumentos, como lo expone en un célebre pasaje de su arqueología:

«Supongamos que Esparta fuese arrasada, subsistiendo tan sólo los templos con los cimientos de los edificios: después de mucho tiempo la existencia de su poderío levantaría, en relación a su fama, serias dudas entre las generaciones futuras: sin embargo, los lacedemonios poseen las dos quintas partes del Peloponeso, así como numerosos aliados en el exterior... Por el contrario, si la misma suerte fuese sufrida por Atenas, por las apariencias externas se le concedería un poder muy superior al que verdaderamente tiene.»²³.

Este texto tucideo debería poner sobre aviso a ciertos arqueólogos modernos que, dejándose llevar por un excesivo entusiasmo, no dudan en calificar de «ciudad» a algunos asentamientos por el mero hecho de encontrarse en su interior determinada cantidad de fragmentos cerámicos o un *agger* de tierra: no se mide la ciudad por su apariencia externa, sino que el criterio distintivo se esconde en su interior más profundo.

A pesar de todo ello, parece cierto que los antiguos exigían la presencia de ciertos elementos externos para que una aglomeración humana mereciese el calificativo de ciudad, aunque en el fondo lo que determina o no tal cualidad era siempre el elemento institucional. Así se desprende claramente de un conocido texto de Pausanias:

«Desde Queronea hay una distancia de veinte estadios hasta Panoepo, ciudad focidia, si es que se puede dar el nombre de ciudad a la que no posee edificios administrativos, ni gimnasio, ni teatro, ni ágora, ni fuente alimentada por agua corriente, sino que utiliza como viviendas simples abrigos exactamente iguales a las cabañas de montaña, sobre el mismo barranco. No obstante, tienen fronteras con sus vecinos e incluso envían delegados a la asamblea focidia.»²⁴.

²¹ Cf. R. MARTIN, *L'urbanisme dans la Grèce antique*, Paris, 1974, p. 133 s.

²² Tuc., VII, 77. Sobre estos párrafos tucideos O LONGO, «La polis, le mura, le nevi (Tucidide, VII 77.7)», *QS*, I, 1975, pp. 87-113; C. MOSSE, «Armée et cité grecque (à propos de Thucydide VII, 77, 4-5)», *REA*, LXV, 1963, pp. 290-297.

²³ Tuc., I, 10, 2.

²⁴ Paus., X, 4, 1.

Este pasaje de Pausanias ha sido comentado en diferentes ocasiones ²⁵, pero por lo general limitándose a la primera parte del mismo, esto es al aspecto monumental de la ciudad. En mi opinión, el dato verdaderamente interesante se encuentra en el último párrafo, cuando explícitamente se reconoce que el hecho de tener fronteras con los estados vecinos, o lo que es lo mismo ser libres, y poseer una organización política propia son requisitos considerados suficientes para conceder el calificativo de ciudad, aunque aparentemente se esté muy lejos de parecerlo: parece como si primero hablara el Pausanias viajero, transmisor de lo que observa, y a continuación el Pausanias historiador, receptor de la cultura griega clásica y de unos conceptos mucho más antiguos.

También entre los escritores latinos encontramos similares ideas sobre la ciudad. A lo ya dicho de Cicerón, se pueden añadir ahora las opiniones que de forma salpicada aparecen en la obra de Livio ²⁶, sobre todo en el célebre discurso pronunciado por Camilo para persuadir a sus conciudadanos que querían abandonar Roma y emigrar en masa a la recién conquistada Veyes. Aquí Livio pone en boca de Camilo interesantes argumentos de índole urbanística para apoyar su opinión de permanecer en Roma, entre los cuales se mencionan los ya conocidos sobre la excelente situación de la ciudad. Sin embargo, en el fondo todo el discurso gira en torno a una idea fundamental, de la cual las restantes no son sino consecuencias lógicas: el carácter profundamente religioso de la ciudad —*urbem auspiciato inauguratoque conditam habemus*, como enfáticamente señala Camilo ²⁷—, en virtud del cual Roma fue fundada de acuerdo con unas precisas normas rituales que en gran medida determinan su propia naturaleza ²⁸. Este es el primer paso en la definición liviana de la ciudad, pero no el único, pues necesariamente requiere un complemento jurídico, un soporte institucional que regule las relaciones entre sus pobladores y confiera a la ciudad así fundada una unidad moral de cara a sí misma y de cara al exterior. Este último propósito se cumpliría en dos fases, que la tradición atribuye respectivamente a Rómulo y a Numa, el primero en el plano civil y el segundo en el religioso. En efecto, según nos cuenta Livio, después de haber cumplido todos los ritos pertinentes de fundación, Rómulo entregó a sus seguidores un primer ordenamiento jurídico: *Rebus divinis rite perpetratis vocataque ad concilium multitudine quae coalescere in populi unius corpus nulla repraeterquam legibus poterat, iura debet* ²⁹. Ahora bien, no siendo esto suficiente,

²⁵ Por ejemplo, R. MARTIN, *L'urbanisme dans la Grèce antique*, p. 30; L. LAURENZI, «La città antica», en *Studi sulla città antica*, Bologna, 1970, p. 55 s.; M. I. FINLEY, «The Ancient City», página 305 s.

²⁶ Sobre Livio y la ciudad G. A. MANSUELLI, «Lecture liviane», cit.

²⁷ Liv., V. 52. 2.

²⁸ Cf. J. RYKWERT, *The idea of a town*, London, 1976, p. 25; G. A. MANSUELLI, «Lecture liviane», p. 53 s.; P. CATALANO, «Aspetti spaziale del sistema giuridico-religioso romano», *ANRW*, II. 16.1, 1978, p. 444 s.

²⁹ Liv., I. 8. 1.

Numa completó el proyecto transformado un *castrum* de guerreros en una *urbs* sede de una *civitas* auténtica, inspirada en principios morales y garantizada por la divinidad ³⁰.

Así pues, los antiguos romanos imaginaban el nacimiento de su ciudad como un acto individual cumplido por su fundador Rómulo, quien actuaba de acuerdo con la voluntad divina manifestada en la consulta augural previa. La fundación se desarrolla en dos vertientes, una primera de carácter sacro procediendo conforme a las prescripciones del *Etruscus ritus*, mientras que la segunda se centra en la institución de un ordenamiento político y social, inmediatamente continuado por Numa en el plano religioso, que necesariamente ha de entenderse como complemento esencial e imprescindible de la anterior. A partir de aquí toda la acción de los sucesivos reyes de Roma no es más que una mera adaptación de las instituciones creadas por los fundadores, sobre todo por Rómulo, a fin de ajustar los mecanismos de la ciudad a las condiciones impuestas por los tiempos, y así posibilitar el cumplimiento del destino concedido por los dioses a Roma, es decir, convertirla en la *urbs* por excelencia. Como en general otros muchos pueblos del Mediterráneo antiguo, también los latinos situaban el origen de su historia en un cuadro urbano, ya que «l'homme ne peut justifier sa qualité de civilisé que par l'appartenance à une cité, sinon il n'est qu'un barbare» ³¹. En todo este proceso la influencia griega es manifiesta ³² y el propio Rómulo, como otros muchos fundadores de ciudades en Etruria y el Lacio, asume la figura del *oikistés*, aunque es verdad que un tanto italianizada, lo cual denuncia una reconstrucción muy artificiosa de este acontecimiento. Con otras palabras, los romanos aceptaron un ropaje griego para envolver una concepción original, y así cargaron sobre los hombros de Rómulo la responsabilidad de la fundación de su ciudad con una amalgama de elementos de muy diversa procedencia: del mundo griego tomaron la figura del fundador; del etrusco, el rito de fundación y, del propio, la idea última de ciudad.

La realidad se desarrolló, sin embargo, de una manera muy diferente. Salvo en las fundaciones coloniales, la ciudad no nace en Italia como consecuencia de un acto individual, sino que es el resultado de un largo proceso de formación, aunque los antiguos no hacían una verdadera distinción entre las ciudades griegas y las itálicas en cuanto a su origen ³³. El cuadro que proporciona la arqueología a mediados del siglo VIII en nada concuerda con el que representa la tradición, pues Roma no era entonces una ciudad fundada *Etrusco ritu*, sino simplemente un pequeño asentamiento

³⁰ Liv. I. 21. 2. Véase G. MANSUELLI, «Lecture liviane», p. 58 s.

³¹ M. MESLIN, *L'homme romain*, París, 1978, p. 34.

³² Sobre el particular M. GRANT, *The Etruscans*, London, 1980, p. 72 s.; M. TORELLI, *Storia degli Etruschi*, Bari, 1981, p. 26.

³³ M. PALLOTINO, «L'origine des villes protohistoriques de l'Italie centrale», en *Saggi di antichità*. I, Roma, 1979, p. 139.

que todavía buscaba su propia identidad, enmarcado en un entorno que evolucionaba a un ritmo muy vivo. A la luz de la arqueología, la acción de los fundadores queda ciertamente muy mermada, ya que una vez denunciada la falsedad de Rómulo, la obra de Numa pierde por completo el significado que querían concederle los antiguos, aunque no por ello hay que privar a este monarca de la importancia que realmente tiene: según he tenido ocasión de desarrollar en otro lugar ³⁴, la época numaica supone un enorme salto de cualidad en el proceso de formación de la ciudad, ya que fue entonces cuando Roma consiguió por vez primera definirse como una comunidad unida y organizada, aunque no ajustada todavía a los principios fundamentales de comunidad política que exigían los propios romanos. Durante el reinado de Numa y los de sus inmediatos sucesores Tulo y Anco, Roma se configuraba esencialmente como una sociedad gentilicia, en la que la pertenencia a una *gens* se sigue considerando como el factor más importante de integración y de participación política; los no gentiles no estaban excluidos, pero evidentemente su integración en la comunidad se producía a un nivel muy inferior.

Aunque por diferentes caminos, tanto Platón como Aristóteles reconocían que la ciudad nació ante la incapacidad del individuo y de los grupos parentales para satisfacer las necesidades que exigía el cumplimiento del ideal de la autarquía ³⁵. Esta idea también es aplicable a la historia más antigua del Lacio, en el sentido de que para situar el comienzo de la fase urbana conviene fijarse en la superación de los lazos gentilicios; esto es, que un poblamiento puede ya ser considerado como ciudad desde el momento que sus habitantes son ante todo miembros de una comunidad política y sus relaciones parentales, aunque sin dejar de existir, pasan a un segundo plano: en la balanza de las relaciones del individuo con la comunidad, la cualidad de ciudadanía pesa más que la de gentil ³⁶. Esta nueva situación se percibe en el caso romano en diferentes facetas, que en su conjunto permiten hablar ya de una auténtica ciudad, de una *civitas*: en el terreno de la religión el factor más importante, pero no el único, es la existencia del culto a Júpiter Optimo Máximo como divinidad poliada; en el político, el fortalecimiento y la laicización del poder real y la aparición de una rudimentaria administración; en el aspecto militar, la institución de un nuevo ejército, esta vez definido como ciudadano, que supera a las antiguas milicias de naturaleza gentilicia; en cuarto lugar hay que mencionar la integración del campo en el seno de la organización urbana, que acabará por identificarse con ella; finalmente en cuanto a la estructura

³⁴ J. MARTÍNEZ-PINNA, «La reforma de Numa y la formación de Roma», *Gerión*, III, 1985, p. 97-124.

³⁵ Por ejemplo Plat., *Rep.*, 396b; Arist., *Pol.*, 1253a. Cf. M. I. FINLEY, «The Ancient City», p. 306 s.

³⁶ F. DE MARTINO, *Storia della costituzione romana*. I, Napoli, 1972, pp. 94; J. MARTÍNEZ-PINNA, «En torno a los orígenes de Roma», p. 363 s.

socioeconómica, se detecta una mayor complejidad social derivada de una especialización en el trabajo más desarrollada, de la total independencia del artesano, de la promoción de nuevos estamentos sociales, de la posibilidad de nuevas formas de adquisición de riqueza, etc., aspectos todos ellos tendentes a romper la cerrada estructura de la organización gentilicia tradicional.

Si aplicamos todo este conjunto de elementos a los datos disponibles, vemos que la época de Tarquinio Prisco es la que mejor cuadra, que es a finales del siglo VII cuando Roma adquiere el rango de *civitas*, aunque todavía mantenga una pesada herencia del pasado y no haya desarrollado por completo todos los elementos definitorios de la nueva situación. De todas maneras, el salto de cualidad que se produce en estos momentos es de una importancia trascendental, y al igual que sucedió en época de Numa, supone asimismo una culminación decisiva respecto al pasado y sobre todo el inicio de una nueva etapa. Por otra parte, un apoyo a esta afirmación lo encontramos en la propia tradición, que unánimemente reconoce en Tarquinio el primer urbanizador de Roma. La obra de los anteriores monarcas en este campo se reduce prácticamente a algunas construcciones puntuales, por lo general templos y en ocasiones obras de carácter civil, como la primera *curia Senatus* atribuida a Tulo Hostilio ³⁷ y los diferentes sistemas defensivos obra de Rómulo y Anco Marcio ³⁸, así como la Regia cuyo fundador tradicional fue Numa ³⁹. Sin embargo, con Tarquinio Prisco nos encontramos por vez primera con un auténtico planteamiento urbanístico que afecta a los puntos neurálgicos de la ciudad, a saber el valle del Foro, el Capitolio y el Foro Boario, actividad que no se limita a una mayor o menor dedicación edificatoria, sino que se significa ante todo por una especial voluntad de adaptar el medio a las nuevas condiciones que entonces se manifiestan ⁴⁰.

Este fenómeno no es en absoluto exclusivo de Roma, sino que contemporáneamente todo el Lacio se ve sometido por idéntico ímpetu reformador, siguiendo en última instancia la estela dejada por la vecina Etruria. Al igual que sucedió en esta última también en el Lacio aquellas comunidades más abiertas al exterior fueron las primeras en transformar su identidad penetrando en el umbral urbano. Lavinium, Ardea y Satricum, auténticas ciudades «costeras», sufren en estos momentos un profundo cambio que la arqueología continuamente deja traslucir: la delimitación del perímetro urbano, la sistematización funcional de las principales

³⁷ Liv., I. 30. 2; .. Var., *L.L.*, V. 155.

³⁸ Rómulo: Liv., I. 7. 2; 8.4; Anco: Liv., I. 33. 6. A este último se le creía también constructor de una prisión en el Foro (Liv., I. 33. 8.) y del primer puente sobre el Tíber (Liv., I. 33. 6).

³⁹ Solin., I. 21.

⁴⁰ Sobre los esfuerzos urbanísticos de Tarquinio Prisco pueden verse los trabajos de C. AMPOLO citados en la anterior nota ¹¹ y además J. MARTÍNEZ-PINNA, «De Urbe condita», *Academia*, LIII, 1981, pp. 21-57.

áreas, el nuevo valor que adquiere el concepto de lo sagrado desde una perspectiva tanto demográfica como política, la delimitación del territorio ciudadano como espacio de desarrollo económico, son elementos que surgen inmediatamente como claros indicios del triunfo de un nuevo mundo más en consonancia con las corrientes internacionales. Algo similar se respira en algunas zonas del interior latino, principalmente en aquellas comunidades que al amparo de las grandes vías de comunicación, cuentan con el impulso necesario para lanzarse en la nueva aventura. Tal ocurre, por ejemplo, con Gabii y Praeneste, puntos de paso casi obligados en la ruta que unía Etruria con Campania y que en la época arcaica continúan el esplendor logrado durante el orientalizante, mientras que en el área de los Colli Albani, por el contrario, necesariamente se produce un movimiento centrifugo que beneficia a las comunidades marginales en perjuicio de las centrales, destacando ahora Tusculum y Velitrae fundamentalmente. En suma, en los años finales del siglo VII y primera mitad del VI todo el Lacio fue objeto de un reajuste demográfico y político, en virtud del cual aquellos centros más desarrollados, con mayor capacidad de recursos, se imponen a los más débiles interrumpiendo su devenir histórico como comunidades independientes. De esta manera se dibuja poco a poco un nuevo diseño poleográfico que por difícil que resulte precisarlo en sus detalles, no por ello deja de sentirse como algo nuevo, totalmente distinto de lo anterior y presupuesto necesario para comprender los tiempos sucesivos.

